

## CAPITULO VIII.



Cantó, y amorosa  
venció su voz blanda.  
la voz de las aves  
que anuncian el alba.

LISTA.

Los dos viajeros atravesaron juntos por segunda vez aquellos campos: pero en lugar de una noche tempestuosa molestábales entonces el calor de un hermoso día. Enrique para distraerse del fastidio del camino, en hora tan molesta, dirigia á su compañero preguntas insidiosas sobre el estado actual de las posesiones de D. Carlos, á las que res-

pondia Sab con muestras de sencillez é ingenuidad. Sin embargo, á veces le fijaba miradas tan penetrantes que el jóven extranjero bajaba las suyas, como temeroso de que leyese en ellas el motivo de sus preguntas. La fortuna de mi amo, díjole una vez, está bastante decaída y sin duda es una felicidad para él casar á su hija mayor con un sugeto rico, que no repare en la dote que puede llevar la Señorita.

Sab no miraba á Otway al decir estas palabras y no pudo notar el encarnado que tiñó sus mejillas al oirlas: tardó un momento en responder y dijo al fin con voz mal segura.—Carlota tiene una dote mas rica y apreciable en sus gracias y virtudes.

Sab le miró entonces fijamente: parecia preguntarle con su mirada si él sabria apreciar aquella dote. Enrique no pudo sostener su muda interpelacion y desvió el rostro con algun enfado. El mulato murmuró entre dientes.—No, no eres capaz de ello!

¿Qué hablas, Sab? preguntó Enrique, que si bien no habia podido entender dis-

tintamente sus palabras oyó el murmullo de su voz. ¿Estás por ventura rezando?

Pensaba, señor, que este sitio en que ahora nos hallamos es el mismo en que vi á su merced sin sentido, en medio de los horrores de la tempestad. Hacia la derecha está la cabaña á la que os conduje sobre mis espaldas.

— Sí, Sab, y no necesito ver estos sitios para acordarme que te debo la vida. Carlota te ha concedido ya la libertad, pero eso no basta y Enrique premiará con mayor generosidad el servicio que le has hecho.

Ninguna recompensa merezco, respondió con voz alterada el mulato, la señorita me había recomendado vuestra persona y era un deber mio obedecerla.

Parece que amas mucho á Carlota, repuso Enrique parando su caballo para coger una naranja de un árbol que doblegaban sus frutos.

— El mulato lanzó sobre él su mirada de águila, pero la espresion del rostro de su interlocutor le aseguró de que ningun designio secreto de sondearle encerraban

miento. Referíale todos sus temores, todas sus pasadas angustias para gozarse después en su dicha presente; y era tan viva y elocuente su ternura que Enrique subyugado por ella, á pesar suyo, sentía palpitár su corazón con una emoción desconocida.

—Carlota! la dijo una vez, un amor como el tuyo es un bien tan alto que temo no merecerlo. Mi alma acaso no es bastante grande para encerrar el amor que te debo.—Y apretaba la mano de la joven sobre su corazón, que latía con un sentimiento tan vivo y tan puro que acaso aquel momento en que se decía indigno de su dicha, fué uno de los pocos de su vida en que supo merecerla.

Hay en los afectos de las almas ardientes y apasionadas como una fuerza magnética, que conmueve y domina todo cuanto se les acerca. Así una alma vulgar se siente á veces elevada sobre sí misma, á la altura de aquella con quien está en contacto, por decirlo así, y solo cuando vuelve á caer, cuando se halla sola y en su propio lugar, puede conocer que era extraño

el impulso que la movia y prestada la fuerza que la animaba.

El señor de B. llegó á interrumpir á los dos amantes.—Creo, dijo sentándose junto á ellos, que no habreis olvidado nuestro proyectado paseo á Cubitas. ¿Cuándo quereis que partamos?

Lo mas pronto posible, dijo Otway.

Esta misma tarde será, repuso don Carlos, y voy á prevenir á Teresa y á Sab para que se disponga todo lo necesario á la partida, pues veo, añadió, besando en la frente á su hija, que mi Carlota está demasiado preocupada para atender á ello.

Marchóse en seguida y las niñas, regocijadas con la proximidad de la viajata, le siguieron saltando.

Estaré contigo dos ó tres dias en Cubitas, dijo Enrique á su amada, me es forzoso marchar luego á Guanaja.

A penas gozo el placer de verte, respondió ella con dulcísima voz, cuando ya me anuncias otra nueva ausencia. Sin embargo, Enrique, soy tan feliz en este instante que no puedo quejarme.

Pronto llegará el día, repuso él, en que nos uniremos para no separarnos mas.

Y al decirlo preguntábase interiormente si llegaría en efecto aquel día, y si le sería imposible renunciar á la dicha de poseer á Carlota. Miróla y nunca le habia parecido tan hermosa. Agitado, y descontento de sí mismo levantóse y comenzó á pasearse por la sala, procurando disimular su turbacion. No dejó sin embargo de notarla Carlota y preguntábale la causa con tímidas miradas. ¡Oh si la hubiera penetrado en aquel momento!... Era preciso que muriese ó que cesase de amarle.

Enrique evitaba encontrar los ojos de la doncella, y se había reclinado lejos de ella en el antepecho de una ventana. Carlota se sintió herida de aquella repentina mudanza, y su orgullo de muger sugirióle en el instante aparentar indiferencia á una conducta tan estraña. Estaba junto á ella su guitarra, tomóla y ensayó cantar. La agitacion hacia flaquear su voz, pero hizo se por un momento superior á ella y sin eleccion, á la casualidad cantó estas estrofas; que estaba muy

lejos de sospechar pudiesen ser aplicables á la situacion de ambos:

Es Nice jóven y amable  
y su tierno corazon  
un afecto inalterable  
consagra al bello Damon.

Otro tiempo su ternura  
pagaba ufano el pastor ;  
mas ¡ay! que nueva hermosura  
le ofrece otro nuevo amor.

Y es Nice pobre zagala  
y es Laura rica beldad  
que si en amor no la iguala  
la supera en calidad.

Satisface Laura de oro  
de su amante la ambicion:  
Nice le dá por tesoro  
su sensible corazon.

Cede el zagal fascinado  
de la riqueza al poder,  
y ante Laura prosternado  
le mira Nice caer.

Al verse sacrificada,

por el ingrato pastor,  
la doncella desgraciada  
maldice al infausto amor.

No ve que dura venganza  
toma del amante infiel;  
y en su caliz de esperanza,  
mezcla del dolor la hiel.

Tardío arrepentimiento,  
ya envenena su existir,  
y cual señor opulento  
comienza el tedio á sentir.

Entre pesares y enojos  
vive rico y sin solaz;  
huye el sueño de sus ojos  
y pierde su alma la paz.

Recuerda su Nice amada  
y suspira de dolor;  
y en voz profunda y airada,  
asi le dice el amor:

«Los agravios que me hacen  
los hombres lloran un día,  
y asi solo satisfacen,  
Damon, la venganza mia;

Que yo doy mayor contento,  
en pobre y humilde hogar,



que con tesoros sin cuento, puedes insano gozar.

Terminó la joven su canción, y aun pensaba escucharla Enrique. Carlota acataba de responder en alta voz á sus secretas dudas, á sus ocultos pensamientos. ¿Habíalos por ventura adivinado? ¿Era tal vez el cielo mismo quien le hablaba por la boca de aquella tierra hermosa?

Un impulso involuntario y poderoso le hizo caer á sus pies y ya abría los labios, acaso para jurarle que sería preferida á todos los tesoros de la tierra, cuando apareció nuevamente D. Carlos: señalóle Sabmas se detuvo por respeto en el umbral de la puerta, mientras Enrique se levantaba confuso de las plantas de su querida, avergonzado ya del impulso desconocido de generosa ternura que por un momento le había subyugado. También las mejillas de Carlota se tiñeron de purpura, pero traslucíase al través de su embarazo la secreta satisfacción de su alma; pues si bien

Enrique no había hablado una sola palabra al arrojarle á sus pies; ella había leído en sus ojos, con la admirable perspicacia de su sexo, que nunca había sido tan amada como en aquel momento.

D. Carlos dirigió algunas chanzas á los dos amantes, mas notando que aumentaba su turbación apresurose á variar de objeto.

—Aquí tenéis á Sab, les dijo, señalad la hora de la partida pues él es el encargado de todas las disposiciones del viage, y como práctico en estos caminos será nuestro guía.

El mulato se acercó entonces, y D. Carlos sentándose entre Carlota y Enrique prosiguió dirigiéndose á este.

—Hace diez años que no he estado en Cubitas y anti antes de esta época visité muy pocas veces las estancias que tengo allí. Estaban casi abandonadas, pero desde que Sab vino á Bellavista sus frecuentes visitas á Cubitas les han sido de mucha utilidad, según estoy informado; y creo que las hallaré en mejor estado que cuando las vi la última vez.

Sab manifestó que dichas estancias estaban todavía muy distantes del grado de mejora y utilidad á que podían llegar con mas esmerado cultivo, y preguntó la hora de la partida.

Carlota señaló las cinco de la tarde, hora en que la brisa comienza á refrescar la atmósfera y hace menos sensible el calor de la estación, y Sab se retiró.

Es un excelente mozo, dijo don Carlos, y su celo y actividad han sido muy útiles á esta finca. Su talento natural es despejadísimo y tiene para todo aquello á que se dedica admirables disposiciones: le quiero mucho y ya hace tiempo que fuera libre si lo hubiese deseado. Pero ahora es fuerza que lo sea y que anticipe yo mis resoluciones, pues así lo quiere mi Carlota. Ya he escrito con este objeto á mi apoderado en Puerto-Príncipe y tu mismo, Enrique, á tu regreso le verás con él y entregarás con tus manos á nuestro buen Sab su carta de libertad.

Enrique hizo con la cabeza un movimiento de aprobacion, y Carlota besando la

mano de su padre exclamó con vehemencia. Si, que sea libre!... ha sido el compañero de mi infancia y mi primer amigo... es, añadió con mayor ternura, es el que te prodigó sus cuidados la noche de tu caída, Enrique, y quien como un angel de consuelo vino á volver la paz á mi corazón sobresaltado.

Teresa entró en la sala en aquel momento: la comida se sirvió inmediatamente y ya no se trató mas que de la partida.